

La gallega María

Dioni Gomez-Amelia

Se llamaba María y había nacido en Galicia. Una mala tisis la dejó huérfana de padre a los ocho años. Qué tristeza, dios mío. Los hermanitos lloraron durante días; la madre se vistió de negro y se volvió más hosca. El corazón de la niña acusó el desastre en silencio, incluso cuando la madre le anunció que ya no podría volver a la escuela. Tenía que ayudar en la casa y en el huertecito familiar.

La maestra le llevaba libros de geografía, sus lecturas favoritas, pero el candil veía caer sus párpados pesadamente sobre las hojas y tenía que acostarse. Con el tiempo, el último libro volvió a la estantería de la escuela sin leer. Al año siguiente, a los pequeños se los llevó la epidemia de sarampión y el silencio se adueñó de la casa. Desde entonces, las dos hablaron susurrando las pocas cosas que tenían que decirse.

María creció con los sabañones que cada invierno el agua del arroyo ponía en sus manitas de lavandera. Pero su cuerpo recio, acostumbrado a todos los vientos y a todas las cargas, no se quejó jamás. Lejos de la escuela no hubo juegos ni amigas con quienes compartir sus primeros sueños de mujer niña. Su vestido de domingo se descolgaba para el único escape que la vida permitía a aquella casa: la misa dominical. Así fue como un día en la puerta de la iglesia oyó una noticia turbadora sobre un lejano país a donde muchos habían ido sin volver. Se llamaba Argentina. Ese país pedía brazos para la tierra, prometía trabajo y ofrecía buen dinero. Se miraron y ambas vislumbraron un horizonte alcanzable en los ojos de la otra.

Volvieron a casa con el ceño fruncido en una idea que se resistía a dejarlas y que, sin apenas variantes, agitaba sus pechos en profundos suspiros. La niña pensaba lo lindo que sería dejar aquel pueblucho. La madre: -Apenas tiene dieciséis años, pobrecita. Y si se va, ¿quién cuidará mi vejez?

Las noches que siguieron inquietaron el jergón en que juntas dormían. Tiritando, abrazadas para ahuyentar el frío, las dos pensaban, sin decirlo, cómo juntar el dinero para el pasaje. Fue la señorita Pilar, la maestra, quien las ayudó. Sabía de la triste suerte de la familia y nunca había dejado de velar por María, su mejor alumna, su ojito derecho. La reticencia de la madre a aceptar el préstamo cedió ante el convencimiento de que la chica prosperaría rápidamente. Total -dijo la maestra- es cuestión de poco tiempo. Ella va a encontrar trabajo enseguida y, con lo dispuesta que es, lo podrá devolver. No se preocupe.

Aquella tarde los ojos de María fueron más grandes que nunca. Los dilató el asombro ante el rumbo que tomaba su vida, y la angustia por el abandono de su pobre madre.

Y se fue.

Un paisano la esperaba en el puerto de Buenos Aires para llevarla a su conventillo. Allí compartió pieza con otra española que había salido de un pueblito de León. Una chica mayor, con vestidos lindos, que trabajaba por las noches y a veces volvía en la madrugada un poco achispada. Adulta una, la otra, adolescente: se quisieron de inmediato.

María se levantaba temprano y, sin hacer ruido para no despertar a la amiga, partía a trabajar en un taller de planchado. Trabajo duro y jornal mezquino, pero disponía de un día a la semana para extasiarse con la deslumbrante ciudad que era ese gran Buenos Aires. A veces, su amiga le prestaba un vestido y salían juntas a fatigar calles y tomar algún refresco que María no podía pagar porque apenas le alcanzaba la soldada para sus gastos. En esos días tenían tiempo para charlar y así fue conociendo el lujo y embrujo de los salones de tango. La insistencia de la amiga la impulsó a probar y con sedas ajenas se lanzó a la pista de baile. Aquel era un mundo muy distinto al del patio del conventillo.

En esos días tuvo certeza de que era guapa. Reía con su amiga de puro contenta al volver una noche a casa con los pies ardiendo de tanto bailar. A partir de ese momento aprendió a ver el deseo en las miradas de los hombres del conventillo cuando cruzaba el patio para ir al piletón, y advirtió la desconfianza que suscitaba entre las vecinas, murmuradoras a sus espaldas. No habló más al polaco del violín triste. Y el gallego de su aldea sintió urgencia en

declararle su amor. En vano. María se había enamorado del tango, de sus luces, de su encanto. Olvidó las palabras de su madre y se mudó a un pisito del Centro en donde nadie la controlaría. La madre siguió recibiendo puntualmente la plata que a su hijita ya no le costaba tanto juntar. Una vida de lujo inimaginable para una chica pobre de un mísero caserío español.

***Pero el paisano malvado
loco por no haber logrado
sus caricias y su amor,
perdida ya la esperanza
llegó a su pueblo el traidor,
y envenenando la vida
de su viejita querida
le contó su perdición.***

El tango tuvo la culpa. Un sobre enlutado afligió el buen corazón de María. Al ver en el remitente la letra de su maestra, supo de la muerte de la viejita. La carta decía que los fríos de enero se la llevaron. Tardó un tiempo en saber la verdad; fue cuando el gallego, después de ser rechazado otra vez, confesó con saña su felonía.

Se ancló en la Argentina. Volver a la vida miserable, ¿para qué?

Entre los brazos de su amante de turno se estremeció una noche al bailar un tango nuevo y escuchar su propia historia:

***Galleguita, la divina,
la que a la playa argentina
llegó una noche de abril
sin más prendas ni tesoros
que sus lindos ojos moros
y su cuerpito gentil.
Siendo buena, eras honrada
pero no te valió nada
que otras cayeron igual.
Eras linda, galleguita,
y tras la primera cita
fuiste a parar al Pigall.***

El smoking del hombre enjugó las lágrimas de la galleguita.

